

Acerca de la *ortho-doxa*

Rithée Cevalasco

La problemática del saber está estrechamente vinculada con la cuestión de lo que puede enseñarse o transmitirse. El diálogo platónico del *Menón o de la virtud* incita a una reflexión sobre lo que siendo verdadero no tiene el estatuto de un saber transmisible¹. La *lexis* Ortho-Doxa (opinión verdadera [OD]) no se confunde con la “doxa” común. Suscita varios comentarios de Lacan². Me limito a “El atolondradicho³” [L’*étourdit*] donde Lacan anuncia un “progreso” porque esa OD “*ya no tiene para nosotros más que un-sentido de significación*”⁴, vaciamiento de toda significación que apunta al au-sentido del au-sexo.

La preocupación de Lacan concierne a lo que de lo real podría enseñarse y apuesta (aún) por el matema de lo no enseñable – paradoja si cabe – vinculado a la “*imposibilidad de decir verdadero de lo real [que] se motive en un matema [...] con el que se sitúa la relación del decir al dicho*”⁵. Más que el matema, el decir olvidado tras los dichos encuentra finalmente un soporte topológico, superficie donde poder trazar el recorrido del muro de los imposibles – del sexo, del sentido y de la significación.

La OD es localizada entonces en la superficie a-esférica del *cross-cap* como punto de *fijción* (*fixion*), cualquiera, pero necesario, cuya caída es el resultado del corte entre el decir y los dichos. Que ese punto de *fijción* de la OD sea nombrado por un equívoco, apunta al acto de la interpretación como corte. Pero hay cortes y cortes⁶. Solo el corte de doble vuelta, corte del decir, opera un cambio de la estructura topológica que conlleva la caída del “*a*” (rodaja esférica del *cross-cap*), en tanto objeto causa del deseo y la consecuente verificación del sujeto en su división (banda de Moebius a-esférica). “*El punto pues es la opinión que puede ser dicha verdadera porque el decir que le da la vuelta la verifica en efecto, pero solo por ser el decir lo que la modifica al introducir la δόξα como real*”. Transformación por pasaje de los dichos (corte de una sola vuelta) al decir (corte de doble vuelta) y pase de la *fijción* simbólico/imaginaria a algo del orden de lo real.

¿No podríamos situar esos puntos de *fijción* en la historia y la doctrina psicoanalíticas? ¿Darle acaso la vuelta adecuada por ejemplo a nuestros mitos como puntos de OD? Los freudianos sin duda: Edipo y su reverso *Totem y tabú* (a los que quedan apegados los psicoanalistas bien pensantes de la significación y la ideología familiarista). Los lacanianos: mito del órgano de la laminilla, mito de *Evie* como punto de origen de *lalengua*. No se trata de cuestionarlos en el campo de la verdad/falsedad sino de rodearlos con ese trayecto de doble vuelta que permita vaciarlos de toda significación, para, ¿por qué no? servirnos de ellos.

Quizás este abordaje por los puntos de la OD podría inducirnos a más prudencia a la hora de nuestro ferviente clamor contra toda ortodoxia.

Poco después de “L’*étourdit*”, Lacan inicia su abordaje del “método nodal”. Persiste el interrogante de cómo «tocar» a un real a partir de una práctica de la palabra. La orientación de la cura apunta entonces al *sinthome* que permite acceder, aunque más no fuera a solo una brizna de real del nudo de cada *parlêtre*. Nudo frecuentemente más bien “*pépère*” (conforme y confortable) y ortodoxo... otras más bien hereje⁸.

Ello no se produce al margen de la operación de desconstrucción/atradesamiento del fantasma, trayecto en torno a la OD, condición previa a la satisfacción del final por identificación al *sinthome* con la consabida desvalorización del goce sintomático y su repetición.

Quizás ¿podríamos a término localizar esos puntos de *fijción* de OD, que se trenzan también en las elaboraciones nodales?

¿Por qué no invocar momentos de “pase” en la propia elaboración de la OD de la doctrina analítica, de “su” saber? Valdría como ejemplo el recorrido del inconsciente freudiano al “nuestro” – tal como se expresa Lacan – siempre y cuando nos inscribamos en la prolongación de su síntoma (el de Lacan) que lo conduce a esa posición extrema de abordar un real fuera de todo sentido, pero alejado de toda concepción de un «real en sí», donde nos conduce (“*nous mène*”) el noumeno kantiano⁹.

¹ Sócrates destaca que no hay *episteme* de la virtud, que ella no puede enseñarse porque escapa a la coherencia que se requiere del saber.

² Ver en particular: J. Lacan, *El seminario, libro 2, El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, donde Lacan ya evoca el error inherente a todo saber como el de un olvido vinculado –en ese momento de su enseñanza– a la función creadora de la verdad.

³ J. Lacan, “El atolondradicho”, en *Otros escritos*, trad. Gabriela Esperanza y otros, Paidós, Argentina, 2012, p. 473-525.

⁴ *Ibid.*, p. 506.

⁵ *Ibid.*, p. 505.

⁶ Distinción entre el corte de una sola vuelta y corte de doble vuelta. Puede consultarse para este desarrollo: J. Chapuis en colaboración con R. Cevasco: *Guía Topológica para L'Étourdit, un abuso imaginario y su más allá*, Ediciones S&P, Barcelona, 2012 (Ed. Nouvelles du Champ lacanien, Francia, 2019).

⁷ J. Lacan, “El atolondradicho”, *op. cit.*, p. 507.

⁸ Basta evocar a Joyce, el hereje. Ver C. Soler: *Lacan, lector de Joyce* (PUF, Francia, 2015/2019), Ediciones S&P, Barcelona, 2017/2019.

⁹ En francés *nous mène* (nos conduce) homofónico al *noumeno* kantiano.